

BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO A PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS

DIRECTOR

D. ZACARÍAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Y acabó Dios su obra, y reposó el día sétimo. Y bendijo el día sétimo, y santificólo.

(GEN. CAP. II, VERS. 2 Y 3)

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la Ley de Dios.)

EL MATRIMONIO CRISTIANO.

Caná de Galilea estaba en la tribu de Zabulon al norte del Thabor, y á tres leguas del célebre monte. Tres días habian trascurrido desde que Jesucristo se dignó honrar con su presencia á los moradores de aquel pueblo cuando se celebraron unas bodas, y estando allí la santísima Virgen, la Madre y el Hijo juntamente con los discípulos fueron convidados á las bodas. Ora fuese porque habia mucha gente ó porque celebrándose las bodas por espacio de ocho días habian pasado ya algunos, es el caso que llegó á faltar el vino, y la santísima Virgen, dijo á Jesús: No tienen vino. Y Jesús respondió: Muger ¿qué nos va á mi y á tí? Aun no es llegada mi hora. Como si dijera: aun no es llegada la hora de comenzar yo á confirmar mi divinidad con prodigios y milagros; sin embargo condescendió con los deseos de su Madre, haciendo un milagro para darnos conocimiento de la po-

derosa intercesion de Maria en favor de todos los hombres. La Virgen habló á los que servian diciendo: Haced cuanto Jesus os dijere. Y habia allí seis cántaros ó tinajuelas de agua destinadas para lavarse las manos segun la costumbre de los judios, y aun para las vasijas que servian para el convite. Y Jesús dijo á los criados: Llenad las hidrias de agua. Y ellos las llenaron hasta arriba, *usque ad summum*. Sacad ahora, dijo Jesus, y llevad al maestresala. Luego que gustó el maestresala el agua convertida en vino, como no sabia la procedencia del vino, aunque bien lo sabian los criados que habian sacado el agua, admirado del suceso, llamó al esposo y le dijo: todo hombre sirve primero el buen vino, y despues que han bebido bien, entonces da el que no es tan bueno: mas tú guardaste el buen vino para la postre.

Este fué el primer milagro que hizo Jesus en Caná de Galilea. Hizo brillar su gloria, su divinidad y el poder absoluto que tenia sobre las criaturas, con lo cual se arraigó más

la fé de los discípulos en la divina mision del Maestro.

Así refiere el evangelista S. Juan el primer milagro de Jesucristo. La escena que describe el discípulo amado, tan tierna como instructiva, puede considerarse como el principio de la grande obra de la redención, como el origen de la familia cristiana, como la cuna de la nueva humanidad. Asistiendo Jesucristo á la boda celebrada en Caná de Galilea y obrando allí el primero de sus milagros, derramó sus bendiciones sobre él hombre y la mujer unidos en matrimonio y desde entonces el contrato natural instituido en el paraíso y bendecido por Dios, quedó elevado á la dignidad de Sacramento. Sacramento grande, como dice el Apóstol, pero en Cristo y en la Iglesia.

Explicando la palabras del Apóstol, lograremos demostrar la santidad del matrimonio, las disposiciones que reclama de los contrayentes y los santos deberes que les impone su recepcion.

El matrimonio es un contrato más antiguo, más santo y más respetable que todos los contratos humanos. Su institucion arranca desde el paraíso, y su autor es el mismo Dios que lo formó y bendijo, diciendo á Adán y á Eva: *Creced y multiplicaos y llenad la tierra.* Jesucristo, nuestro libertador, que vino á restaurar todas las cosas en el cielo y en la tierra, no quiso comenzar su gloriosa mision sino ensalzando por medio de un milagro la obra primitiva, purificando con su gracia la union conyugal horriblemente manchada y envilecida por el desenfreno de las pasiones, y haciendo del matrimonio una institucion santa, un sacramento grande

en Cristo y en la Iglesia. *Sacramentum hoc magnum est: ego autem dico in Cristo et in Ecclesia.* (1)

En medio de esta Iglesia católica, llamada por los Santos Padres el jardín de las almas, hay siete Sacramentos instituidos por Jesucristo para comunicar á los hombres los méritos de la redención, para santificarlos, ennoblecerlos y deificarlos. El Angel de las escuelas dice, que cuatro de los Sacramentos son llamados *grandes*; y de cada uno de ellos podemos decir con las palabras del Apóstol: *Sacramentum hoc magnam est.* Es llamado *Grande* el Bautismo porque su maravillosa eficacia realiza una nueva creación; engendra al cristiano, hácele miembro místico de Jesucristo y le confiere preciosos derechos á las gracias más abundantes y á la rica herencia de los cielos. Es llamado *grande* el Sacramento de la Confirmacion por razon del ministro que es el Obispo. Es llamado *grande* el Sacramento de la Eucaristia porque contiene al mismo Jesucristo real y verdaderamente; y es llamado *grande* el Matrimonio porque significa y representa la union de Cristo con la Iglesia.

No podríamos comprender la sublimidad, la grandeza y santidad del Matrimonio si no conociéramos todo lo que hay de grande, de sublime y de santo en la union de Cristo con su Iglesia. Para lograr tan alto y trascendental conocimiento, conviene fijar nuestra atencion en las profundas y luminosas esplicaciones que acerca de esta materia nos dá la teología católica. De dos maneras se une Cristo á la Iglesia, realmente y moralmente,

(1) - Ad Ephes., 5, 32.

con union mística. La union física se realizó cuando el Verbo divino celebró sus inefables desposorios con la naturaleza humana, uniéndose á ella con union hipostática que es la más estrecha, la más santa, la más íntima y misteriosa de las uniones. La union moral ó mística se realiza por medio de la caridad y de los dones de la gracia con que fecundiza, perfecciona y hermosea el corazón de su Esposa, virgen fecunda y madre virgen de numerosa descendencia, llamada á heredar los tesoros de Jesús, rey de los cielos y Señor de la tierra. La santa grandeza y la grande santidad del Matrimonio cristiano consiste en que representa la doble altísima é inefable union de Cristo con su Iglesia. ¿Cómo se verifica ó en qué consiste esta representación? La union material ó carnal del marido y de la mujer, enseña la Teología, representa ese misterio sublime que tiene para decir la inteligencia todos los encantos del corazón, á saber: la Encarnacion de Jesucristo en las entrañas virginales de una muger escogida entre millares; esto es, la union real y física de Cristo con la Iglesia que es la sociedad de los hombres redimidos, por medio de la union hipostática del Verbo con la humana naturaleza; y la union del marido y de la mujer, por medio del amor y de los afectos, representa la union de Jesucristo con la Iglesia por medio de la caridad.

De aquí nace la verdad con que el Apóstol llamó al Matrimonio Sacramento grande. *Sacramentum hoc magnum est*. Habiendo sido instituido por Jesucristo á imagen y semejanza de sus inefables desposorios con la santa Iglesia católica, ¿quién

puede explicar la grandeza y santidad del Sacramento del matrimonio?

Y claro es que será tanto más grande, tanto más sublime y tanto más fecundo en bendiciones cuanto más se acerque al modelo, cuanto más participe del original, cuanto más se parezca la union del hombre y de la mujer á la union de Cristo con su Iglesia.

De aquí nace la necesidad de que los contrayentes se dispongan como es debido á la recepcion del Sacramento. Se trata de contraer un vinculo que no se rompe sino con la muerte; se trata de tomar un estado que lleva consigo grandes penalidades, que impone grandes sacrificios, que reclama grandes solitudes; se trata de contraer obligaciones muy serias, deberes muy graves que entrañan la felicidad ó la desgracia para la vida del tiempo y por toda la eternidad. De donde se infiere que los contrayentes han menester los auxilios divinos y el consejo de los Padres. La oracion les alcanzará del Señor los dones de la gracia que junto con la luz de los consejos paternales disipará todas las dudas y señalará el camino conducente á una eleccion acertada.

Cuando se proyectan ó realizan los matrimonios sin otra mira que el interés material, sin otro motivo que el capricho, sin otro fin que la satisfaccion de carnales apetitos, no es de extrañar que veamos matrimonios infelices, familias desorganizadas, divorcios escandalosos. Donde falta el vino del amor que une las voluntades, identifica los afectos y hace liviano el formidable peso de la union conyugal, no busqueis paz, confianza, intimidad ni género alguno de dulces y

tiernas expansiones; reinará seguramente el fastidio, la indiferencia, el desprecio, y luego la discordia y después el escándalo.

Y tan lamentable desventura se origina de faltas cometidas al principio, haciéndose irremediable cuando el mal ha tomado proporciones. *Principiis obsta, sero medicina paratur.*

Este Sacramento es grande y exige grandes y santas disposiciones. El fin de su institución es bien conocido de cuantos saben como es menester la doctrina cristiana. Cumplir la voluntad de Dios, santificarse mutuamente con sana doctrina y ejemplos edificantes, ayudarse reciprocamente para realizar su vocación, dar á Dios hijos virtuosos y santos, á la Iglesia fieles servidores, á la patria ciudadanos útiles y honrados, y al cielo gloriosos moradores. hé aquí el fin que deben intentar los contrayentes. Si no llevan al pié del altar pureza de intención; si allí los conduce la belleza, la fortuna, la satisfacción de bastardas pasiones ó de bestiales apetitos, el Sacerdote dará su bendición á los desposados, pero no serán benditos por Dios que escudriña los pensamientos, y los corazones. Esa unión no representa la doble unión de Jesucristo con su Iglesia, unión santa, purísima, que será profanada por los contrayentes impuros, deshonestos y concupiscentes.

El Sacramento del matrimonio es grande, y se llama Sacramento de vivos. Es preciso que los contrayentes se pongan en estado de gracia, haciendo con la debida oportunidad una confesión general y recibiendo con fervoroso recogimiento el pan de los fuertes.

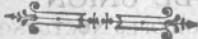
El Sacramento del Matrimonio es grande, y por lo mismo, deben los contrayentes imitar á los afortunados esposos de Caná de Galilea; deben invitar á Jesucristo á la celebración de sus bodas, recibiendo el Sacramento con una alma santificada y con un corazón purificado; deben oír los sábios consejos del Sacerdote, y pedir á la Santísima Virgen su amparo y protección.

Sin el auxilio de la gracia no es posible el cumplimiento de los muchos y penosos deberes que son inherentes al estado del Matrimonio. La Iglesia rinde á su Esposo divino homenaje de reverencia, de sumisión, de amor sin reserva y tales son los deberes que ha de cumplir la esposa para agradar á Dios y merecer sus recompensas. Sean sus encantos las virtudes cristianas; sean la pureza la dulzura, la fidelidad, la prudencia, la abnegación, las joyas con que adorne su alma y las flores con que aromatice el tálamo nupcial. Que son vanas las gracias naturales, deléznable la hermosura y mentirosas las riquezas. La mujer temerosa de Dios, tendrá los encantos de la virtud y llenará de gozo el corazón de su marido.

Este Sacramento es grande en Cristo y en la Iglesia. Como Cristo ama á la Iglesia, así debe amar el esposo á su esposa. Amor hasta el sacrificio, fidelidad hasta la muerte. No recibió una esclava sino una fiel compañera y amiga. La infidelidad es un pecado vergonzoso que profana el Sacramento, y la indiferencia, un crimen que deshónra, á la par que semilla fecunda en desdichas y abominaciones. El árbol malo, dice el Salvador, no puede dar buenos

frutos. Los frutos del Matrimonio deben de ser cuidadosamente conservados; los hijos han de ser para Dios, no para el mundo, para Cristo, no para Belal, para el Cielo, no para el infierno. Este es el fin de los Matrimonios, el motivo de su institución, su destino p ovidencial. Los esposos deben santificar esa union misteriosa, indisoluble y perpétua y así recibirán las bendiciones que Dios se complace en derramar sobre los hogares donde se rinde homenaje de amor y gratitud á Jesucristo, autor del Matrimonio, y á la Santísima Virgen, abogada y protectora de las familias cristianas.

El Matrimonio es un Sacramento grande por sus altísimas significaciones, grande por las disposiciones que exige para ser recibido digna y provechosamente, grande por los deberes que impone, grande por su importancia social, grande por su maravillosa eficacia, por las bendiciones que lleva consigo, por las gracias que Dios concede á los esposos dignos y bien dispuestos; gracias necesarias para ayudarse mutuamente en sus flaquezas y necesidades, para disimularse con paciencia los respectivos defectos, para educar á los hijos en la virtud, para vivir contentos y felices en su union, y labrarse juntamente la corona de gloria prometida á los esposos prudentes, honestos, fieles, virtuosos, diligentes, servidores de Dios y celosos de su gloria.



NOCTURNO HOMENAJE

DE AMOR Y DE REPARACION
A JESUCRISTO SACRAMENTADO.

Levantad por las noches vuestras manos hácia el Santuario y bendecid al Señor. (Ps. CXXXIII. v. 2.)

Día y noche morareis en el Tabernáculo, haciendola guardia en el servicio del Señor. (Lev. viii. v. 35.)

Cosa es harto para llorar, el abandono en que está Jesús Sacramentado. Durante las largas horas de la noche ¡pobre Jesús! ¿Quién piensa en Vos? y con todo, en estas solitarias horas, El nos ama, y como huérfano desvalido, busca quién le consuele y acompañe, y apenas oye una voz amiga que endulce su soledad.

Miles de hermanos nuestros luchan todas las noches en desgarradora agonía, con las artificiosas maquinaciones del enemigo infernal. Al rayar el día ¿cuántos serán eternamente infelices por falta de un corazon generoso que haya intercedido por ellos!

Crece á maravilla la blasfema gritería de los que ultrajan á Jesús: la noche no pone fin á la obra de perdición de los hijos de las tinieblas; y ¿se nos hará gravoso darle siquiera un átomo de consuelo, derramar á sus pies una lágrima de expiacion?

Orar, pues, interceder y expiar, tal es el sublime fin de la obra de la Adoracion Nocturna.

No á todos, empero, es dada la inefable dicha de pasar la noche prosternados junto al solitario Tabernáculo; pero ¿quién hay que no pueda ántes de entregarse al descanso, dirigir su vista al más cercano Sagrario,

y con encendidos afectos *orar, interceder y expiar?*

ACTO DE EXPIACION.

Divino Salvador de las almas; cubierto de confusion mi rostro, me prosterno en vuestra presencia soberana, y dirigiendo mi vista al solitario Tabernáculo donde gemis cautivo de mi amor, pártese mi corazón de pena al ver el olvido en que os tienen los medios al ver esterilizada vuestra Sangre, infructuosos los sacrificios, y escarnecido vuestro amor. Pero ya que con infinita condescendencia permitis que una yo esta noche mis gemidos á los vuestros, mis lágrimas á las que brotaron por mi causa de vuestros santísimos ojos, á las lágrimas de sangre, que vertió vuestro divino Corazón, os ruego, dulce Jesús, por los que no ruegan, os bendigo por los que os maldicen y os adoro por los que despiadados os ultrajan; y con toda la energía de mi alma, deseo bendeciros y alabaros en todos los instantes de esta noche y en todos los Sagrarios de la tierra, y con los valiosos afectos de vuestro amante Corazón.

Suba, Señor, hasta Vos el doloroso grito de expiación y arrepentimiento que el pesar arranca de mi contrito corazón.

Por mis pecados, por los de mis padres, hermanos y amigos, por los del mundo entero, perdon, Señor, perdon.

Por las infidelidades y sacrilegios, por los odios y rencores, perdon...

Por las blasfemias, por la profanación de los días santos, perdon, Señor...

Por las impurezas y escándalos, perdon, Señor, perdon.

Por los hurtos é injusticias, por las debilidades y respetos humanos, perdon...

Por la desobediencia á la Santa Iglesia, por la violación del ayuno, perdon...

Por los crímenes de los esposos, por las negligencias de los padres, por las faltas de los hijos, perdon, Señor, perdon...

Por los atentados cometidos contra el Romano Pontífice, perdon...

Por las persecuciones levantadas contra los obispos, sacerdotes, religiosas y sagradas vírgenes, perdon, Señor, perdon...

Por los insultos hechos á vuestras imágenes, la profanación de los templos, el abuso de los Sacramentos, y los ultrajes al augusto Tabernáculo, perdon, Señor, perdon...

Por los crímenes de la prensa impía y blasfema, por las horrendas maquinaciones de tenebrosas sectas, perdon, Señor, perdon.

Por los justos que vacilan, por los pecadores que resisten á la gracia, por los infelices que agonizan, y por todos lo que sufren, piedad, Señor, piedad...

Perdon, Señor, y piedad por el más necesitado de vuestra gracia; que la luz de vuestros divinos ojos no se aparte jamás de mí. Encadenad á la puerta del Tabernáculo mi inconstante corazón; hacdedle allí sentir los incendios del amor divino, y á vista de las propias ingraticudes y rebeldías, que se deshaga de pena, que lllore lágrimas de sangre, que viva muriendo de amor. Amen.

ACTO DE UNION

CON LOS ADORADORES NOCTURNOS.

Divino Jesus Sacramentado: unién-

dome á las intenciones de vuestro amante Corazon por medio del Corazon de vuestra Inmaculada Madre, flor bendita de Nazaret, os ofrezco las oraciones, obras y trabajos que esta noche os ofrecerán los asociados á la Adoracion Nocturna. Supla su fervor mi tibieza, compensen sus sacrificios mis debilidades, y haced que así como en esta noche es para Vos mi última mirada, sea también, al terminar mi vida, para Vos mi última palabra, para Vos el último latido de mi pobre corazon. Amen.

Á estas paces, el Excmo Ilmo, Sr. Arzobispo de Valencia ha concedido ochenta dias de indulgencia á los que las leyeren y promovieren la devoción del Centro Eucarístico de Valencia en honor y gloria de Jesus Sacramentado.

El P. Francisco Llopart, escribiéndonos desde Valencia, el 3o de Noviembre, sobre asuntos relativos al Sagrado Corazon, añadía en post-data:

Aquí prospera admirablemente la Vela nocturna á Jesus Sacramentado. Para los que no pueden asistir he escrito la adjunta hojita. (El Nocturno homenaje con los actos de expiación y union.) *Vea si puede propagarse.* Le contestamos, el 5 de Diciembre, suplicándole escribiese un artículo sobre aquella floreciente Asoacion; y cuando lo aguardábamos para insertarlo en este número, nos llegó la noticia de que el Padre, despues de haber predicado aquel mismo dia, 5, cayó enfermo, conoció que se moría, aceptó con tranquilidad la muerte, y recibidos los santos Sacramentos, pasó, á lo que piadosa-

mente creemos, á mejor vida, el dia de la Inmaculada Concepcion de Maria Santísima. Suplicamos encarecidamente á nuestros lectores le encomienden á Dios.

Véase en el número de Setiembre, páginas 223 y 224, lo que el mismo P. Llopart dice sobre la *Vela nocturna*.

(Del Mensajero.)

ALABANZA.

La que alcanzan los hombres, por ser siervos de Dios, es verdadera y firme; la que alcanzan por ser ricos y poderosos, es vana. El verdadero humilde teme las alabanzas de los hombres, porque las mira como ladrones de la humildad, La humildad verdad; el orgullo es la mentira.

La humildad es como una antorcha que ilumina nuestra conciencia, y nos muestra lo que somos y lo que valemos; el orgullo oculta á nuestra vista nuestros defectos y exagera nuestras virtudes.

ALEGRIA Y TRISTEZA.

Si la salud y la robustez es el origen de todos los consuelos y da satisfacciones á el cuerpo ¿cuál podrá ser la fuente de los consuelos espirituales, sinó la salud y la inocencia del alma? El sabio dijo: «No hay fondo de tanta estima y provecho como la salud del cuerpo. Con ella todo es dulce, todo sabroso, todo bueno; sin ella, todo es desabrido y doloroso. ¿Qué aprovechan las delicias y riquezas del mundo al que yace rendido al rigor de una calentura que le acaba?

Pero ¡con qué contento come el fatigado y robusto labrador un pedazo de pan duro y desabrido!»

El percibe en este bocado todos los sabores, todas las delicias de los manjares más peregrinos y delicados. Un jarro de agua fría es más dulce á su paladar que el almíbar mejor confeccionado. Pues aplíquese esta idea de la salud del cuerpo á la salud del alma. La salud del alma, dice el sábio, este fruto delicado é inestimable de la santidad y la justicia es más preciosa que todo el oro y plata del universo. Cuando el alma está sana, y tiene dentro de sí al autor de la santidad, todo le es de provecho y gusto, aunque sea el hambre, la sed, las tribulaciones, las angustias y hasta la misma muerte. El pecador siempre está triste, el justo siempre alegre. La tristeza es en el uno origen de todos los males, y el gozo es en el otro la fuente de todos los bienes. *Incunditas cordis, hoc est vita hominis.* No hay mal horrible que no produzca la tristeza en el corazón humano, ni bien que no se deba á la alegría. La tristeza es uno de los más pesados tormentos de las almas, un dolor que excede todas las ponderaciones de la elocuencia. Semejante á un gusano roedor y pestífero, no solamente despedaza la carne, si no también el espíritu. Es una polilla de los huesos y del alma; es un perpetuo verdugo que mata las fuerzas del espíritu; es una eterna noche, una tempestad continua, una calentura oculta y abrasadora.

Me parece, dice el Crisóstomo que es un mal más terrible que la muerte. Un Elías huye de la muerte á que le había condenado la impía Jezabel.

No es extraño que haya un varón tan esforzado, por que la muerte es uno de los males más horribles de la naturaleza. Pero este mismo varón santo, oprimido de una profunda tristeza, pide á Dios que le dé la muerte *Obsecro, Domine, tolle animam meam.* Parece mayor el horror de la tristeza que el de la misma muerte, pues la busca para su alivio.

Pero al contrario, ninguna cosa hay más deliciosa que la alegría. Nada valen sin ella todos los bienes; con ella todo se posee. Pero no hablamos de la alegría mundana que es peor que la tristeza, sino de la alegría que nace de una conciencia pura y del gozo que causa en el alma el bien obrar, el servir á Dios y estar unidos á Dios por la gracia, lo cual es reinar aquí con alegría sobre todas las cosas de la tierra para vivir con gozo eterno y alegría interminable en las santas mansiones del cielo.

Habiendo sido expulsados de Roumexou, cerca de Albis, (Francia), unos niños por el delito de negarse á cantar la Marsellesa, la mayoría de los padres de familia del mismo pueblo, han firmado una calurosa protesta.

En otro pueblo de Francia, el maestro castigó á los niños que habían hecho la primera comunión.

Así entienden la libertad política y la libertad religiosa los republicanos franceses.